

En primera persona

por Virginia Montañés

En esta ocasión no voy a hablar de sexualidad, sino de sexos; y lo haré en primera persona, para variar. Nunca me he presentado, pero para quienes no me conocéis, llevo trabajando en el ámbito de las drogas como periodista, antropóloga, activista y naturópata desde hace casi tres decenios.

Se trata de colaborar, no de dominar

El año pasado por estas fechas, con motivo del Día Internacional de la Mujer, una compañera de la Red de Mujeres Cannábicas me pidió, a mí y a muchas mujeres, grabar un vídeo hablando de mis experiencias de machismo en el mundo cannábico. Fue un ejercicio interesante que me ha hecho reflexionar desde entonces sobre mi posición como feminista y sobre las diferentes vías para acabar con el patriarcado.

Pero antes de compartir estas reflexiones, me gustaría hablar de mi experiencia como mujer, consumidora, profesional y activista en el universo de las drogas... y de mi relación con los hombres de mi entorno.

Nací en 1970. Mi adolescencia transcurrió en el Madrid de la movida madrileña, y mi juventud en la ruta del *bakalao* de la capital. A los 12 años, mis amigos y yo nos liábamos porros en un local abandonado que usábamos para reunirnos. A los

A los 15 ya sabía que la cal de la pared servía para algo más que para blanquear

15 ya sabía que la cal de la pared servía para algo más que para blanquear. A los 17 acompañaba a mi novio heroinómano en sus monos. A los 21 trabajaba de camarera en un *after hours* que acabó cerrando, tras una redada policial, por 200 gramos de cocaína. A los 22 estaba en El Chapare, Bolivia, haciendo un reportaje sobre los cultivos de coca para un periódico local y disfrutando del material autóctono.

Durante esos años, y hasta mi maternidad, el consumo de drogas ha formado parte de mi vida. Aún hoy me acompaña de manera esporádica. Entonces, ¿por qué no llegué a engancharme, tal como les pasó a tantas personas en esos años? Pues en parte se lo debo a los hombres. Aunque también influyeron otros factores, por supuesto. Mi madre, entre ellos. Pero eso lo explicaré después.



Mi adolescencia transcurrió en el Madrid de la movida madrileña

La mayor parte de las personas con las que me relacionaba más estrechamente, en esa época de mi vida, eran hombres. Con ellos me sentía protegida, aceptada, cuidada. Con las mujeres, por el contrario, me sentía juzgada y criticada. Mi hermana y yo disfrutamos de bastante libertad en la adolescencia, gracias a que, oficialmente, salíamos con nuestro hermano, dos años mayor,

mostraron la cara más oscura del patriarcado: no tenía ni 10 años cuando un amigo de bar de mi padre intentó violarme, por suerte fui más rápida escapando. El primer pene que vi y toqué, en la adolescencia, fue el de un joven de mi entorno familiar, a quien acabé masturbando sin querer, al no saber decir que no (no lo viví como algo traumático, aunque sí me dio bas-

El sexo y las drogas se convirtieron en mi forma de reivindicarme en el mundo

o con sus amigos, quienes, en opinión de nuestro padre, “nos protegían”. Nos quedamos sin amigas tan pronto como comenzamos a salir de noche. Sus padres no las dejaban salir con nosotras porque “por la noche solo salen las putas y los borrachos”.

En una época en la que no existían los programas de reducción de riesgos, fueron mis amigos mayores los que me enseñaron a consumir de una manera responsable: nunca te drogues durante mucho tiempo seguido, nunca lo hagas trabajando, nunca en soledad, descansa, aliméntate, si necesitas hablar yo estoy aquí, no estás sola... Gracias a su ejemplo, tanto bueno como malo, siempre tuve claro que las drogas eran el camino, no el destino.

Pero no todo era amor y armonía. También fueron hombres los que me

tante asco); a los 13 años un novio me pegó un tortazo delante de todos los amigos para castigarme por haberle dejado; a los 14 un desconocido me enseñó su pene en el portal de mi casa y no llegó a más porque conseguí alertar a los vecinos; a los 15 un vecino intentó cobrarse en sexo el haberme llevado al instituto en coche; a los 18 mi cuñado y mi hermano prohibieron a sus novias salir conmigo porque era una mala influencia; a los 20 mi padre me dijo, muy preocupado, que ningún hombre me iba a querer porque ya estaba usada y mi abuelo me amenazaba con ir al infierno por provocar a los hombres con la minifalda...

Durante toda mi adolescencia y juventud, al no esconder mi consumo de sustancias y practicar una sexualidad libre, sufrí el estigma de la puta. Me

pusieron la etiqueta incluso antes de perder la virginidad. El sexo y las drogas se convirtieron en mi forma de reivindicarme en el mundo. ¿No queréis que lo haga? Pues dos tazas. Sin embargo, esa rebeldía siempre iba acompañada de un sentimiento de soledad profunda. ¿De dónde viene esta violencia? ¿Por qué no me siento libre? ¿Dónde están las mujeres que piensan como yo?

Mi madre era mi tabla de salvación cuando la tristeza apremiaba, ella era el refugio al que siempre podía acudir. Me consolaba y me escuchaba, diciendo de vez en cuando: “hija, no tengas tanta prisa, que tendrás tiempo para todo, hasta para cansarte”. Pero seguía sin entender.

La respuesta a mis preguntas la encontré en el feminismo. En los diferentes feminismos. A medida que me graduaba las gafas violetas iba comprendiendo mejor el mundo que me rodeaba. Al mismo tiempo me vinculaba con el activismo antiprohibicionista y comen-

que el de los hombres de mi oficina haciendo el mismo trabajo. Aprovecharse de una baja por maternidad para no renovar mi contrato cuando comenzaba a tener demasiado éxito el programa de sensibilización de género que coordinaba, una de las tareas para las que había sido contratada. “Tienes a las mujeres revolucionadas”, me decían (y eso que eran grupos mixtos). Participar en mesas redondas en las que todos los ponentes eran hombres excepto yo. El caso más sangrante ocurrió en Utrech. Era un seminario a puerta cerrada con veintitrés ponentes, todos hombres (a mí me dejaron colarme porque pensaban que era la secretaria de mi compañero). Me han llamado *feminazi* por preguntar en un taller cuál es el rol de las mujeres en los clubes sociales de cannabis. He presenciado cómo, haciendo yo la mayor parte del trabajo, el reconocimiento iba dirigido a mis compañeros hombres. He tenido que insistir en negarme a

Se trata de colaborar, no de dominar

zaba a dar mis pasos como periodista especializada en la política de drogas. Mi relación con los hombres continuaba. Con sus luces y sombras.

En el ámbito profesional y activista he vivido diversos episodios machistas. Entre ellos, cobrar un salario más bajo

propuestas sexuales cercanas al acoso porque, con el primer no, esos hombres no se daban por aludidos.

A lo largo de mis treinta años de carrera, ha habido momentos en los que me he sentido discriminada, acosada, despreciada, ninguneada e,



La respuesta a mis preguntas la encontré en el feminismo (autor: Media Red Uruguay)



Mariano Aguirre, mi primer jefe en el ámbito de la investigación, se convirtió en mi maestro y referente (autora: Monserrat Boix)



Gaspar Fraga confió en mí, abriendo las puertas de la revista a la primera serie de entrevistas a mujeres



Joep Oomen, compañero y amigo, me apoyó siempre y reconoció mi trabajo, aunque no siempre compartiéramos la misma visión estratégica

incluso, censurada. Sin embargo, no todas las actitudes patriarcales han corrido a cuenta de los hombres. También he sufrido competitividad, discriminación, censura y ninguneo por parte de mujeres, y esos casos son los que más duelen. El episodio más doloroso fue por parte de una compañera, en un instituto de investigación sobre políticas de drogas, cuando pedí reducción de jornada por maternidad. Me acusaba de que trabajaba poco, presionándome para que volviera a la jornada completa. Presumía de feminista.

Por otra parte, al igual que me ocurrió con mis amigos de la juventud, a lo largo de mi vida profesional los gestos más bellos, de generosidad, cuidado y atención, los he recibido por parte de hombres. El primero fue el dueño del *after hours* que mencioné antes, quien, con el local lleno de policías, tuvo tiempo para localizarme (en una época en la que no había móviles) y avisarme de que no fuera, evitándose así un marrón. También, una vez en la cárcel, se preocupó de enviar a un amigo suyo a buscarme para pagarme un dinero que me debía en el momento de la redada.

En Bolivia, un prestigioso periodista de investigación de la época compartió contactos y saberes con mi compañera y conmigo gracias a los cuales aprendimos que el periodismo es algo más que reproducir comunicados de prensa.

En Madrid, Mariano Aguirre¹, mi primer jefe en el ámbito de la investigación,

se convirtió en mi maestro y referente, gracias a él aprendí a escribir y comencé a publicar mis primeros artículos sobre política de drogas. Su generosidad con el conocimiento se convertiría en mi modelo a seguir en los años posteriores.

En el mundo del periodismo especializado, Gaspar Fraga² me demostró que se pueden consumir diferentes sustancias prohibidas y ser un buen profesional. Confío en mí sin dudar, abriendo las puertas de la revista a la primera serie de entrevistas a mujeres publicada en una revista cannábica.

En el activismo internacional, Joep Oomen³, compañero y amigo, me apoyó siempre y reconoció mi trabajo aunque no siempre compartiéramos la misma visión estratégica. En el ámbito estatal, los compañeros vascos, Iker Val y Joseba del Valle me han demostrado que siempre puedo contar con ellos, hasta cuando me estoy quitando del activismo y tengo una recaída.

En lo que se refiere a otras sustancias, mi compañero en la coordinación de la Federación FAUDAS, Joaquín Láinez, se convirtió en mi consejero y cómplice, defendiéndome y ofreciéndome su amistad y respeto en uno de los momentos más difíciles de mi trayectoria profesional en el universo drogas.

En el ámbito comercial, el gran Sebas me ha demostrado durante años que estar en la industria no está reñido con tener una ética, apostar por el activismo y confiar en las personas.

Creo que hay muchos intereses detrás de esa "guerra de sexos"



Iker Val y Joseba del Valle me han demostrado que siempre puedo contar con ellos



Hay más hombres que han hecho mella, y a todos les agradezco profundamente haber formado parte de mi vida. El de las drogas es un mundo de hombres, o lo era hasta antes de ayer. Por suerte, cada vez hay más mujeres que están equilibrando la balanza, rompiendo con las actitudes patriarcales y poniendo su grano de arena para que este ámbito sea menos competitivo y fetichista, y más amable y tolerante.

Soy feminista, y estoy orgullosa de ello. Las mujeres que conocí en los entornos feministas me enseñaron a relacionarme con otras mujeres y a dar valor a la palabra sororidad. Creo firmemente que existe otro modo de hacer

mamamos a diario, en las canciones que escuchamos, los libros que leemos, los anuncios, películas, series, programas de televisión que vemos. Lo encontramos en la escuela, en el trabajo, en las calles, los bares, los centros comerciales... Cuando creemos que lo hemos superado, nos descubrimos comprándole una pistola a nuestro hijo o una muñeca a nuestra hija.

Y es que no hay que olvidar que el machismo es uno de los pilares del patriarcado. Pero el patriarcado es una estructura que construimos cada día entre todos y todas. Con cada acción, palabra o pensamiento. Por eso también es responsabilidad nuestra desmontarla,

El patriarcado es una estructura que construimos cada día entre todos y todas

las cosas, desde el corazón, la ternura y el amor. Todos tenemos un hemisferio derecho y un hemisferio izquierdo en nuestro cerebro, todos tenemos energía masculina y energía femenina. Se trata de una cuestión de equilibrio. Se trata de colaborar, no de dominar.

No creo que exista un problema entre hombres y mujeres por el hecho de serlo, ni que haya que vivir, ni presentar nuestras relaciones como una confrontación. Creo que hay muchos intereses detrás de esa “guerra de sexos” (a río revuelto, ganancia de pescadores). La confrontación genera resentimiento, miedo, tristeza y victimismo. Cuando esas emociones son las que dominan, es muy fácil controlar a la población e imponer medidas urgentes para solucionar “el problema”, medidas que siempre están orientadas a reprimir y coartar derechos en nombre de la seguridad.

Tampoco niego que exista machismo y violencia en nuestra sociedad. Lo

y eso no va a ocurrir nunca si no trabajamos juntos. Hombres y mujeres. No se trata de acusar a nadie sino de buscar la manera de colaborar para construir juntos un mundo menos violento y más armónico, en el que seamos más libres y felices. Es muy difícil manipular a los pueblos que son libres y felices. Por eso prohibieron las drogas que nos hacen sentir así. Para controlarnos. No lo permitamos.



Referencias

1. Director en ese momento del Centro de Investigación para la Paz.
2. Director y *alma mater* de la revista *Cáñamo*, desde su fundación hasta su muerte en 2009.
3. Coordinador durante muchos años de la Coalición Europea por Políticas de Drogas Justas y Eficaces, de la que fui presidenta.



Me pusieron la etiqueta de puta incluso antes de perder la virginidad



A los 21 trabajaba de camarera en un *after hours* de la ruta del *bakalao* madrileña